

# JUAN GIL-ALBERT: UN POETA-ISLA

**D**IAS antes que concertase la entrevista con Juan Gil-Albert, había leído él mismo unas palabras a los representantes de los medios informativos que asistieron a una comida en Madrid, avalada por las tres editoriales catalanas que han iniciado su "rescate" cultural. "No sé bien lo que digo más que cuando lo escribo; siempre fue así, y debido a esta, llamémosle fatalidad de mi verbo, he tenido que ser escritor, esa es mi misión y mi mandato; al hablar, floto, y al flotar, me pierdo; al escribir, me realizo". Por lo que comprenderán que, una vez más, Gil-Albert utilice su palabra escrita para responder las preguntas y pautas biográficas que el periodista le ha planteado. La palabra hablada ha sido en esta ocasión motivo para descubrir a un escritor que ofrecía la más llana relación de amistad a la joven generación, la relación del tuteo y cordialidad, que abría su casa, cuidadosamente ordenada con muebles de época, a cualquier persona interesada en su obra y su mundo. Pero esto difícilmente quedará reflejado a continuación, pues el objeto es presentar Gil-Albert su biografía y bibliografía al lector que desconoce la trascendencia de su obra y que ignora los motivos de su actual reivindicación.

Una vez más ha meditado sobre su vida, pero pensando que sus palabras no iban a quedar en la intimidad habitual de sus escritos, sino que se le pedía escribir en voz alta. Y me ha comunicado: "Digo cosas que hasta ahora no eran públicas". Traspasada la barrera de su intimidad por la inquietud editorial, celosamente guardada los sesenta y ocho años que tiene, ha aprovechado la invitación de TRIUNFO para contar aquello que no había contado, para escribir de nuevo lo que hasta hace muy poco era placer literario de él y unos cuantos más.

\* \* \*

—Tres libros tuyos son presentados en la Feria del Libro de Madrid con todos los honores. Una comida reúne en torno tuyo a representantes de todos los medios informativos. La televisión reclama tu presencia. ¿A qué responde este rescate de un poeta que habíamos mantenido marginado —exilio interior celosamente guardado por ti, todo hay que decirlo— durante más de treinta años?

—Se debe a varias causas: la primera, los acontecimientos políticos-sociales-bélicos de nuestro país, que me obligaron en su día a ausentarme de él, y, a mi regreso, a recluirmelo. Yo no soy un hombre de calle, y de mi brega, mi medio distintivo es la intimi-

dad —de la que sé salir cuando debo— pero aun con esas características, en una España normal, mi vida de escritor lo habría sido también; es decir, no hubiera habido que descubrirme «a estas alturas».

—¿En qué medida tu nacimiento (mil novecientos seis) en la ciudad alicantina de Alcoy determina tu obra? ¿Habrías de una forma de ser y sentir mediterránea con entidad distinta a la de otros espacios geográficos?

—Nacido en Alcañiz, en Torredonjuda, yo sería quien soy, pero con otras modalidades geográficas, climáticas y sociales que nos timbran. Lo de la región mediterránea ya es de otro cariz. Para mí el Mediterráneo es el ombligo del mundo, y no concebiría haber visto la luz ni la tierra en ningún otro lugar. Creo en la herencia de las sangres, y de ahí que haya cultivado en mi imaginación, casi a la misma altura que mi latinidad, el poso hondo de mi semitismo, pero, eso sí, ambas selladas por el abrazo secular, y estrictamente mediterráneo, de la palmera con el olivo. Méjico es un país hermosísimo, pero en cuya vegetación yo no pude sentirme nunca más que un extranjero.

—Estudias Filosofía y Derecho en la Universidad de Valencia. Te encuentras «formando parte de un grupo de "señoritos" que, por lo que vi más tarde, con alguna excepción tan rara como la mía, no tenían sobre los otros nada mejor que guantes y automóvil».

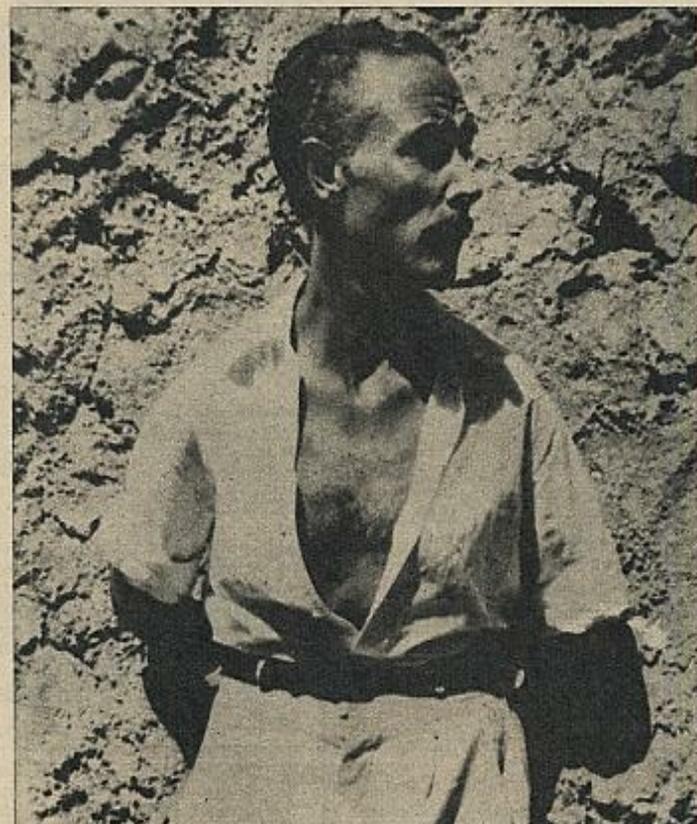
—Bien, eso es una manera pintoresca de hablar, aunque no me falte la razón para hacerlo; hablo de «alguna rara excepción», que podría corresponder, en el grupo a que me refiero, a Luis Guarner y a Fernando Dicenta: Max Aub era otra cosa, y nuestra frecuentación fue más tardía y no universitaria.

—Dedicas una especial atención en tus escritos a tu familia, incluso diría a tu «linaje», apreciando los hechos que le acontecieron como determinantes en tu biografía. ¿A qué se debe esta valoración constante?

—Está relacionado con mi intimismo; todo lo que yo podría decir sobre esto y sobre el mundo está dicho ya en cada uno de mis libros y en unas condiciones idiomáticas, y vivientes a la vez, muy superiores a lo que pueda añadir de viva voz; soy fundamentalmente un escritor, y para saber algo mío, lo que hace que sea quien soy, hay que leerme; escucharme no es lo mismo: cuando hablo, floto; cuando escribo, me realizo. Mi familia era, para mí, el primer plano de la Humanidad, aquél dentro del

cual yo vivía; era también, en cierto modo, vegetación, naturaleza, y, además, los míos me gustaban, plásticamente se entiende, lo cual, en mi caso, en el momento de las valoraciones, resulta decisivo. Mi casa ha sido mi mundo; es decir, el mundo. De dentro de sus cuatro paredes lo he extraído todo, sólo que eran de cristal, abiertas al confin. ¿Especie de invernadero? Pero con tormentas. Sería una tema extensísimo. Cuando en mil novecientos cuarenta y cuatro publiqué, en Buenos Aires, «Las ilusiones», Rafael Dieste me dijo esta especie de absurdo, no carente de expresividad, que al leer uno de sus poemas, «Himno a la mujer», acababa de descubrir el oculto motor sutil que movía mi exis-

cés, que me dejó instalado en Tours, cuando tomé contacto con esa cultura, la francesa, que ha tenido que modelarme indeleblemente, porque me pertenecía; no era una simple cuestión de años, la impresión sobre esa ternura material que acompaña a la adolescencia. Era simplemente, que lo francés me convenía, estaba hecho a la medida de mi congénita moderación y de mi gusto; mejor, de una parte de él, su parte, por denominarla de algún modo, racional. Hace poco he contado la anécdota, recogida por Luis Carandell, que cuando se me llamó por alguien afrancesado, repuse de un manotazo: «No; soy un español que razona». Lo del manotazo, sin embargo, ¿no me descubre bajo otra luz?



Gil-Albert en la finca paterna de «El Salt», a su regreso de México en 1947.

tencia pasional; según él, yo estaba enamorado de mis hermanas.

—Habla de tus viajes a Francia y primeros contactos con su cultura.

—Fui con mi padre a París, a los quince años, apenas terminada la guerra europea; de este primer contacto hablo en la «Crónica general»; pero fue en el segundo viaje que hice, acompañado por mi profesor de fran-

Alguien ha hablado estos días, y en ello se patentizaba su agudeza, de mi «fondo irreparablemente hispánico». El que no lo ve así, no será por españolidad, sino por espanyolera, y el sufijo deja bien clara la diferencia.

—¿Qué consideración merecieron tus primeros escritos a los poetas e intelectuales de la época: «La fascinación de lo irreal» (Valencia, mil novecientos veintiseis), «Vibración de estío» (Va-



**Jaime Millas**



Con el pintor Ramón Gaya, colaborador de «Hora de España», en Cuenca.

lencia, mil novecientos veintiocho), «Como pudieron ser» (Valencia, mil novecientos veintinueve), «Crónicas para servir al estudio de nuestro tiempo» (Valencia, mil novecientos treinta y uno)?

—Mis primeros escritos no se leyeron sino en Valencia, donde los publiqué; eran prosa. El diario «Las Provincias» me miró siempre con bastante prevención —y eso antes de que yo adoptara una actitud bastante tajante en cuanto a las cuestiones del país en plena crisis monárquica—. Con esta excepción: su redactor jefe, don Vicente Calvo-Acacio, hombre muy íntegro y bondadoso, contrastó su criterio con el resto de los directivos y pareció ser el primero en descubrirme, como les ha sucedido ahora a tantos retardados; y con marcado entusiasmo, hasta el punto de que, habiéndome dedicado un largo artículo, le fue rechazado, y

él, redactor jefe del periódico, tuvo que publicar su escrito en un vespertino, «La Correspondencia». Regresado yo de Méjico, y hallándome en cama, pude recibir aún, antes de su desaparición, una carta temblorosa en la que se ratificaba diciéndome: «Siempre fue usted para mí el primero». Otra excepción, en cuanto a la que llamaríamos la posición oficial del periódico en cuanto a mi persona, se ha producido medio siglo después, y con su director actual, José Ombuena, que durante dos años, con corrección que nunca he dejado de señalar, ha hecho posible que mi primera serie de «Crónica general» —trabajos de una extensión poco corriente en una publicación periodística— haya podido ser leída por gentes muy diversas, ayudándome a ir emergiendo de mi ostracismo con aquellas periódicas apariciones dominicales. Dato curioso: mi pri-

mer libro, «La fascinación de lo irreal» —título que quisiera olvidar, pero tan significativo—, fue el único, hasta hoy, que me dio dinero; con él encargué para mi padre un bastón con puño de plata, y a mi madre la obsequié con un abanico de encaje con varillaje de concha. De los libros de entonces, «Crónicas para servir al estudio de nuestro tiempo», mil novecientos treinta, mereció que Pemán, que vino por Valencia, me llamara, en una dedicatoria que hizo efecto entre los míos, «arquero de la palabra exacta», fue entonces cuando mi nombre sonó por vez primera en Madrid, donde, en las páginas de «El Sol», Rivas-Cherif me dedicó un largo comentario con el título de «Un cronista extravagante».

—Juan Ramón Jiménez, la generación poética del veintisiete (García Lorca, Alberti, Pedro Salinas, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Cernuda, Dámaso Alonso, Aelxandre, Manuel Altolaguirre...), la generación del treinta y seis, son nombres que ciertamente deben guardar una especial presencia en tu primera época. ¿De qué forma?

—No precisamente en mi primera época. Empecé escribiendo prosa, soy un escritor nato, y mi producción lírica se produjo más tarde, a pesar de haber sido, en mis años escolapios, el recitador del colegio. ¡Pero pensemos de qué modelos! En realidad, mi contacto con la gran poesía se la debo a un griego, profesor de idiomas, Nicolás Percas, con el que, como ejercicios, bucé en Leopardi y Baudelaire, en las clases dedicadas, respectivamente, al italiano y al francés. Por entonces, también, supongamos que por los años veinticuatro-veintisiete, alguien, un vallisoletano que me invitó a visitar sus tierras, me inició en Machado.

Y fue cuando, a través de «Revista Occidente», me encontré por vez primera con los nombres de Guillén, Aelxandre, Cernuda... Pero estaba muy absorbido por mis maestros en prosa cuyos dos nombres centrales eran el alicantino Miró y el irlandés Oscar Wilde; la influencia que recibí de ellos fue enorme, dado que en mi todo adquiere caracteres semimíticos. Frecuenté a Gabriel Miró, pero Wilde se podía decir que vivía conmigo, tan entusiasta y tan natural aparecía su presencia; ángel tutelar podríamos llamarle, aunque, claro, muy sui generis. Con el tiempo, Azorín reabsorbió a Miró, y Andrés Gide se posesionó del puesto, sin desplazarlo de mi recuerdo, que había pertenecido, con luminosa ceguera adolescente, a Wilde. Gide ha sido, sin duda ninguna, mi gran escuela formativa, moral y literaria, respaldado él mismo en mi ánimo por uno de los espíritus que considero exponente más atractivo de la lozania del vivir: Miguel de Montaigne.

### Guerra civil y exilio

—¿Qué valor das a tus escritos publicados en el momento de la guerra civil española: «Misteriosa presencia» (Madrid, mil novecientos treinta y seis), «Candente horror» (Valencia, mil novecientos treinta y seis), «Son nombres ignorados» (Barcelona, mil novecientos treinta y nueve)?

—Los considero el arranque feliz de mi poesía. En ellos aparece ya, como ocurre con la salud de ciertas herencias, todo lo que había de caracterizar, con un sabor tradicional, unido a una especie de frescor meditativa que me es propia, el sello invariable de mi poética. ¿Pertenezco a la generación del veintisiete, como querían algunos, o, como se han atrevido a definir otros, a la del treinta y seis? En estos días, un comentarista generoso, Marcos Ricardo Barnatán, ha dicho respecto a mí algo que me ha sonado a cierto y que no podría ser más de mi gusto, al llamarme poeta-ista; de vez en cuando los críticos, cuando no son sólo eso, nos aportan la palabra clave de lo que hasta entonces flotaba brumoso; bien venida sea.

—Tu casa recibe, en los primeros meses del conflicto, intelectuales que huían de Madrid, con los que habías establecido lazos de amistad meses antes. ¿Qué recuerdo te merecen aquellos días, aquellas personas?

—Todos esos recuerdos están recogidos en uno de mis trabajos que publicará Tusquets con el título de «Memorabilia». Yo los llamo la edad de oro de mi casa. Si sonaba el timbre, siempre se abría ante alguien que hoy ha dejado ya su nombre grabado en ese libro misterioso y sin páginas, que contiene la historia estremecedora del vivir de un país: Rosa Chacel, María Zambrano, León Felipe, Manolo Altolaguirre, Emilio Prados, de pronto Bergamín, o Souto, o Eduardo Vicens

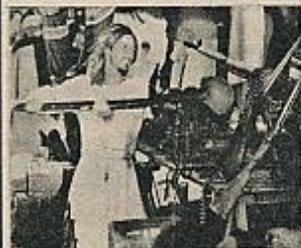
# taller

libro del film

basado en  
la ópera rock

## JESUCRISTO SUPERSTAR

director  
NORMAN JEWISON



versión inglesa íntegra  
fotografías texto bilingüe

112 páginas todo color  
y en blanco y negro

PRÓXIMAMENTE  
en todos los Kioscos  
y Librerías

te..., unidos por última vez, unos y otros, bajo el techo, cubierto de espesos nubarrones, de nuestra España. Ramón Gaya vivía en casa con su mujer y su niña, y Luis Cernuda venía a cambiarse de ropa porque tenía aquí sus maletas. Fue para nosotros, todos, una coincidencia inolvidable e irrepetible.

—«Hora de España» nace, en mil novecientos treinta y siete, en tu casa paterna de la calle Colón, aquí en Valencia. Su corta duración —desaparece en el treinta y nueve— no quita que sea considerada como una de las revistas más importantes de estos años. La puntual colaboración de Antonio Machado, que recogías en su chalet de Rocafort, el grupo de Redacción que la dirigía, el apoyo financiero republicano que recibía, la convierte en un documento trascendental para conocer la ruptura que la cultura española experimentó estos años.

—Sí, el acontecimiento de ese año, el treinta y siete, fue la fundación de «Hora de España»; otro gran honor de mi casa de donde surgió, en la sala de mi madre, con los cristales rotos por los primeros bombardeos. Hoy, más que nunca, cuando en Alemania acaban de reeditarse los veintidós números, sorprendentemente reproducidos como los nuestros auténticos, para saciar el afán y la curiosidad de los estudiosos, nos damos exacta cuenta de lo que ha supuesto históricamente lo que fue un día, y en un momento dado, un proyecto juvenil; nada menos, pienso yo ahora, que el haber tenido un puente entre el ayer y el hoy; es decir, llenado un vacío que ahora contemplarían los nuevos jóvenes herederos nuestros como un agujero oscuro, y en el que encuentran, por el contrario, grabadas a perpetuidad la claridad y el dramatismo de nuestra palabra.

—La siguiente etapa de tu vida es de intelectual en el exilio. Hasta mil novecientos cuarenta y siete, año en que regresas a Valencia, pasas de Francia a Méjico, vives en Brasil y Argentina. Colaboras con Octavio Paz en la revista «Taller». Escribes «Las ilusiones» (Buenos Aires, mil novecientos cuarenta y cuatro). ¿Fueron años en que tu oficio de escritor atraviesa una difícil esterilidad?

—Viví tres años en Méjico antes de lo que llamo mi periplo americano, que me lleva, pasando por Colombia, Perú y Bolivia, a Brasil, donde vivo en Río seis meses, y luego a Argentina, con estancia de un año en Buenos Aires. Allí publico un libro de poemas, «Las ilusiones», central y podría ser que el más expuesto de mi obra poética. Mi obra de escritor en aquellos años no sólo no atraviesa, como dices, difícil esterilidad, sino todo lo contrario. «Las ilusiones» es un libro ascendente y copioso que seguramente publicará Ocnos en el

## JUAN GIL-ALBERT

otoño próximo; si no fuera así, dado que la llegada del libro a España no provocó más que silencio incluso en aquellos que hubieran debido hablar, pasaría a la Historia como un fantasma, pero Joaquín Marco, que, como Jaime Gil de Biedma, han sido para mí esa mano tendida que me ha permitido hacer acto de presencia en el mundo que me correspondía desde el día mismo que empecé a escribir, hará que aquellos que han oído hablar de unas ilusiones más o menos vagas las reconozcan al fin en su verdadera presencia. De ellas, al publicarse, hizo González Carvalho, que no me conocía, esa apreciación que tanto estimo y que nada posterior me hizo olvidar: «El libro, de riquezas desusadas de temas, sosteniéndose casi, en su totalidad, en esa zona aérea donde lo mental se vuelve metódico».

### Retorno y exilio interior

—¿Por qué finalizas tu exilio exterior y decides comenzar tu exilio interior en Valencia, en tu casa, con los miembros de tu familia que habías dejado? ¿Los motivos que te habían llevado a salir de España ya habían desaparecido en mil novecientos cuarenta y siete? Dos años antes había regresado Ortega y Gasset. Al final de la década se dan los inicios de una liberalización intelectual en la Universidad. Publicas «El existir medita su corriente» (Madrid, mil novecientos cuarenta y nueve), «Concertar es amor» (Madrid, mil novecientos cincuenta). ¿Establecerías algún nexo entre estos hechos aparentemente distintos, o realmente tu regreso es para ser «un exiliado en su tierra» —como te llama Jaime Gil de Biedma—, «un provinciano impenitente», que vivirá al margen de los conflictos de la cultura española de estos años?

—No lo sé. Nunca supe el porqué de mi regreso sino «a posteriori». Cuando llevo a España para abrazar a los míos, muere mi cuñado, y su mujer queda viuda con cinco hijos; entonces comprendí. Algunos años después, en «La trama intricable», publiqué unas páginas sobre ese acontecimiento que considero, dentro de mi obra, insuperable. Sí, los motivos consecuentes de mi exilio habían desaparecido, los radicales siguen en pie. Y España es tan mía como de los demás.

«La frase de Jaime es justa, por lo intencionada y profunda —Jaime es un poeta muy vital—, pero la realidad es que yo, por lo que veo ahora y toco, vine a la sombra casera de una tranquilidad —erizada de púas— a escribir, a fundar y fundir definitivamente mi obra. Recuerdo la muerte de Ortega y Gasset y la importancia que reconocí en ese hecho —importancia positiva, como el sonar de un clarín—. En uno de mis trabajos publicados

en Tusquets rozo de algún modo el tema.

—No puedes ocultar tu admiración por «El gatopardo» y «Muerte en Venecia», los dos films de Luchino Visconti que presentan la decadencia de una clase social y el fin de un creador artístico, respectivamente. ¿A qué se debe esta identificación? Por otro lado, en mil novecientos cincuenta y cinco escribes «Contra el cine», ¿no resulta contradictorio?

—La contradicción flagrante que echó en cara un joven, a quien estimo, de cómo le negaba al cine el pan y la sal, sintiendo por Visconti una admiración inusitada, se la contesté ya a él cuando me brotó la respuesta desconcertante: porque Visconti no es el cine. En mi «Viscontiniana» desarrollé mi tesis, sacada no sé de dónde, porque a mí mismo me sorprendía. Imposible detenerme como debiera. Sólo repetiré lo que ya he dicho, aquello de que el cine es el hijo ambulante de la fotografía y el ferrocarril. Irrumpe como un desconocido. En Visconti nada es irrupción; todo es apoteosis. Su procedencia es magnífica, de un lado, la ópera; del otro, el museo. Que haya utilizado el cine para configurar su creación artística, he ahí el escollo que yo he tenido que vencer, o no, en el trabajo sobre el tema al que vengo refiriéndome. Habremos de abandonarlo aquí.

—¿Qué sentido tiene tu escrito de mil novecientos cincuenta y cinco, «Intento de una catalogación valenciana»? ¿De qué forma te identificarías aquí, con una realidad regional en la que has vivido casi toda tu vida?

—Desde los años de la contienda civil me prometí, en su día, dar mi opinión sobre el fenómeno «Valencia», debido a que en la convivencia aquí, con tantos hombres inteligentes, mis amigos de otras tierras hispanas, gallegos, asturianos, castellanos y andaluces, he de comprobar un cómo coincidir, en todos ellos, de un cierto desvío por lo valenciano, o lo que afligía más, un no tomar en serio todo lo que en nosotros les sonaba o saltaba a la vista a un cierto hiperbolismo, que podríamos resumir en la frase manida y ciertamente cómica de que Valencia era una tierra de artistas. Cuando me llegó el momento escribí ese opúsculo que me alegró saber que aprobaban plenamente un valenciano de tan buena cepa como Sanchis Guarner y un mallorquín catedrático, entonces residente aquí, Miguel Dolç. No quiero silenciar el hecho de que un poeta de talla, y comprometido, Xavier Casp, aceptara escribirme unas bonitas palabras de presentación y que yo le pedí, sin duda, como un modo provisional de amortiguar el golpe. El libro circuló, si es que circuló, sin pena ni gloria, pero entre labios apretados, quiero decir sin indiferencia. ¿Identificarme hoy con la



El cuidado orden de su casa es elemento primordial de su intimidad.

realidad regional? ¡Qué cuestión más ardua! Lo que a un hombre como yo podría interesarle de ello está tan lastimosa y violentamente estropeado que no hay manera de ponerle la mano encima porque te manchas. Hoy todo es negocio a la tremenda. El arribismo priva y se hace legal. Pero la más leve brizna de esperanza me encontraría dispuesto a la colaboración más sentida y naturalmente más valenciana.

—Dedicas «Concierto en Mi menor» (Valencia, mil novecientos sesenta y ocho. Alcoy, mil novecientos setenta y cuatro) a Marcel Proust; «La trama inextricable. Prosa, poesía, crítica» (Valencia, mil novecientos sesenta y ocho) presenta una cota muy alta en la «meditación autobiográfica» de tu desconocida obra literaria.

—Mi homenaje a Proust es bien explícito, y en algunos momentos de mi «Concierto...» a él dedicado hago incluso por remediarlo sutilmente, como uso también en el homenaje a Azorín, «La trama inextricable». De todos modos, y cualquiera que sea la carga asimilativa con que yo haya podido leer a Proust —no imitamos a nuestros padres, nos parecemos a ellos—, hay que tener en cuenta que en mi verano de Tours, y varios años antes de enterarme que Proust estaba en mi mismo mundo, leí ávidamente y con especial deleite al duque de Saint-Simon; es decir a una de las más directas fuentes, si no la más, proustianas. En cuanto a «La trama inextricable», ya adelanté que en ese librito pueden estar contenidas algunas de las manifestaciones más patentes de mi condición ineludible de escritor: en el terreno que Gil de Biedma ha designado tan certeramen-

te de «meditación autobiográfica».

—Sin afán de ser indiscreto, ¿te has presentado a algún premio literario?

—Mi anécdota es impar. En el año treinta y ocho, el Ministerio de Instrucción Pública anuncia una especie de premio nacional de Poesía (de media nación, claro). El partido comunista, que rige el Ministerio, dando muestras de criterio abierto, nombra como componentes del Tribunal a intelectuales independientes, con la sola excepción del director general de Bellas Artes, amigo mío. María Zambrano y el académico don Enrique Díez-Canedo me dieron sus votos y fueron a comunicarme que el premio estaba fallado a mi favor. Pero he aquí que cuando la decisión llegó a Subsecretaría, fue revocada, o sea, se anuló. Comprendimos que la poesía en sí no entraba para nada en una decisión que sorprendió a todos por lo inesperada y lo informal. No necesito añadir lo que pienso de los premios, aunque justo es señalar que casos tan espectaculares como el que me tocó en suerte no abundan.

### Un afortunado descubrimiento

—Mantienes una «paternidad» ejemplar con miembros destacados de la joven generación poética española: López Gradó, Jaime Siles, Brines, los del grupo Hontanar y otros muchos más. ¿En qué te siguen, en qué se distancian?

—En estos jóvenes amigos míos creo haber influido más como persona que como escritor. Ellos vienen todos no tanto de otras fuentes como de otros vericuetos; en algunos su formación es más académica que la

mía y su lingüística más experimental. A veces parecemos separados por un siglo. Pero me atrevo a pensar que debido a esa gran distancia me estiman más, y como algo vivo aún y que, sin duda, les sorprende, o sea, el que, a pesar de todo, no me encuentren caduco, anticuado, académico. Yo los veo moverse en torno como una guirnalda de laurel reciente; quiero citar entre ellos a César Simón, que ha leído hace poco su tesis doctoral sobre mi poesía; a Pedro de la Peña, a Pepe Piera, cada uno con su inquietud a cuestas; son para mí camaradas vivificantes a los que no puedo ayudar en nada más que asistir a sus ilusiones y a sus proezas en clima tan árido como el actual.

—¿Por qué «Fuentes de la constancia» (Barcelona, mil novecientos setenta y dos) supone el descubrimiento de Juan Gil-Albert para gran parte del público lector?

—En gran parte por tratarse del primer libro que aparecía protegido por el prestigio de una editorial, y tal vez, en parte menor, porque los tiempos estaban maduros.

—Con los tres libros aparecidos en la Feria («Los días están contados», Tusquets Editor; «Valentín (homenaje a William Shakespeare)», La Gaya Ciencia; «La Meta-Física», Ocnos-Barral Editores) empieza una cuarta etapa en tu biografía, en que se reconoce el singular valor de tu obra y su aportación fundamental a la cultura española contemporánea. ¿Temas que este reconocimiento colectivo afecte tu futura creación literaria, haciéndola salir de su querido aislamiento y gratitud, al convertirse en un bien de fuerte demanda en nuestro mercado cultural?

—Ese riesgo, en un momento tan absorbentemente comercializado como hoy, existe; probablemente yo me salvaré de él, por tres motivos: el primero, porque mi obra, en lo esencial, está ya escrita; el segundo, porque, a pesar de mi «descubrimiento» y pasado el atropello de la novedad, se me catalogará, como objeto de consumo, en un grupo restringido de artículos minoritarios, y tercero, por la edad. Sobre estos tres pilares podría hacerme la ilusión de sentirme fuerte y desaparecer discretamente, al menos, con honor.

—Para finalizar, una doble pregunta: ¿Dónde te sitúas en el contexto de nuestra literatura española actual? ¿Dónde quieren situarte?

—Como un clásico que puede aún ser leído sin bostezar. En cuanto a dónde me sitúen, depende, ya que la autoridad, en el terreno del arte, ha perdido, no el juicio, pero sí el mandato, y nadie sabemos ya quién somos, y únicamente, eso sí, que seguimos existiendo. ■ J. M.

Sobre Gil-Albert, véase también el artículo «Fuentes de la constancia», de José Esteban, TRIUNFO n.º 524.

## ALIANZA EDITORIAL

### SELECCIONES DEL SEPTIMO CIRCULO

#### TITULOS PUBLICADOS

1. James Hadley Chase  
Fruto prohibido
2. Ross Macdonald  
La mirada del adiós
3. John Dickson Carr  
Las gafas negras
4. Hillary Waugh  
La joven desaparecida
5. James M. Cain  
El cartero llama dos veces
6. Margaret Millar  
Pagarás con maldad
7. Raymond Postgate  
Veredicto de doce
8. John Bingham  
Un fragmento de miedo
9. William March  
Simiente perversa
10. Alex Fraser  
Lugares oscuros
11. Michael Burt  
El caso del jesuita risueño
12. E.C.R. Lorac  
Jaque mate al asesino
13. Anthony Gilbert  
La gente muere despacio
14. Michael Innes  
¡Hamlet, venganza!
15. Patrick Quentin  
Enigma para divorciadas
16. Ross Macdonald  
Dinero negro
17. John Dickson Carr  
El crimen de las figuras de cera
18. Raymond Chandler  
La dama del lago

60 ptas. ejemplar